

extranjeros fueron llamados á Italia por los Papas reyes. Si los primeros Pontífices la preservaron de las irrupciones bárbaras, y si no la preservaron, supieron de tal suerte endulzar estas grandes calamidades que se modificaran á su prestigio y cedieran á su poder moral, luego las invasiones lentas, continuas, tenaces, pertenecen exclusivamente á los Papas. Leon III corona á Cárlo-Magno. Estéban IV llama á Ludovico Pio, Pascual I exalta á Lotario. Sergio II invoca al rey Luis II á quien Leon IV corona Emperador. Benedicto III convierte los ojos á Bizancio. Juan VIII exalta á Cárlos el Calvo y á Cárlos el Craso. Formoso conjura á Arnolfo para que se mueva contra Roma. Juan IX se esfuerza por asegurar el dominio de Lamberto. Benedicto IV corona á Ludovico de Provenza. Juan X ofrece al inquieto Berenguer la corona imperial. Juan XI trae al rey Hugo hasta el castillo de San Angelo, y Juan XII, hijo de Alberico, desmintiendo la política de su padre, llama á los alemanes y funda el nuevo Imperio germánico, protector de la Roma católica, que tan funesto debía ser en el trascurso de los tiempos á toda la gente latina.

El grande Othon personifica esta nueva fase de la vida histórica en la Edad media. No contento con haber dominado Alemania, levantándose desde su feudo de Sajonia á la autoridad suprema sobre todos los señores germánicos, intenta restablecer el Imperio carlovingio y personificarlo en su raza. A este fin tiene que atravesar los Alpes y que ir á la tierra de los milagros y de los prestigios, á la hermosa Italia. Los acontecimientos le ofrecieron coyuntura bien favorable á la realizacion de estos propósitos. Nombrado el jóven y querido Lotario, hijo de Hugo, á quien mencionamos antes como esposo de Marozia, nombrado Lotario, decia, rey de Italia, se malogra, dejando viuda y sin amparo á su mujer Adelaida, y la corona de su raza expuesta á las asechanzas perversas del célebre Berenguer de Ivray, el cual no solo quiere apoderarse de su herencia sino tambien de su hermosísima y tierna viuda, la incomparable Adelaida. Esta, famosa es por su hermosura y famosa por sus desgracias. Enamorada de su dulce esposo y enemiga del audaz que le habia sustituido en el trono, encerróla este en el sitio mismo donde reinara tanto tiempo, en Pavía; y allí, desnuda, hambrienta, herida, golpeada, arrastrada por los cabellos, prefirió la muerte lenta y triste á la infidelidad, que á los ojos de la propia conciencia y en el concepto de la propia estimacion la hubiera

irremisiblemente perdido. Viéndola así, trasladáronla sus enemigos desde la ciudad de Pavía al lago de Garda; y encerrada en dura fortaleza, no cedió ni al dolor ni á las amenazas, aunque estaba como enterrada viva y sin mas compañía que las aves detenidas en los pedruscos de su torre, y sin mas familia que sus ceñudos carceleros, y sin mas distraccion que la vista del próximo lago y de las apartadas cordilleras. Un sacerdote, compadecido de ella, abrió con heróica perseverancia largo subterráneo desde un bosque vecino á la prision de Adelaida, y pudo por esta industria redimirla. Mas, privada de su salvador que debía buscarle otros mas poderosos valedores, anduvo errante, guareciéndose de caverna en caverna, y sustentándose con el escaso alimento que generosamente le ofrecian, compadecidos de su belleza y de su desventura, los pescadores del lago. El terrible Berenguer, cuando supo que se le habia escapado su presa, corrió desatentadamente, reventando sus caballos, á perseguirla y á cautivarla; y diz que las espigas doradas de un trigo, donde la infeliz se guareciera, la ocultaron como si las moviese á compasion tanta desventura unida á tanta belleza. El Obispo de Reggio, impulsado por la pintura que de las desgracias de Adelaida le hiciera el sacerdote su salvador, corrió con gran golpe de gentes á buscarla, y burlando la vigilancia de Berenguer, condújola á marchas dobles á Canosa, recinto feudal levantado en inaccesible eminencia, circuido de triple muro, allá en la region de las águilas, á donde no podia llegar por la naturaleza misma de los tiempos feudales la cólera y la venganza de los reyes. El sacerdote libertador de la jóven princesa, despues de haberla dejado á buen recaudo en su inexpugnable asilo, pasó los montes en demanda de auxilio para la perseguida y de guerra para el perseguidor. En efecto, el hijo de Othon, Ludolfo, llega dos meses despues á Pavía y entra vencedor, no sin haber mandado antes solícito emisario que en una flecha enviase nupcial anillo á la atribulada reina y con el anillo la promesa de ceñir á sus sienes la espléndida corona de Othon. Y en efecto, al poco tiempo Adelaida podia llamarse emperatriz, como mujer de Othon, á quien Juan XII, hijo de Alberico, ya muerto, entregaba la corona imperial, antes prometida á sus sienes por el previsor Agapito II. Y de esta suerte se componian y relacionaban los dos astros mayores de la Edad media: el Pontificado y el Imperio.

Juan XII llegó á ceñirse la corona temporal por muerte de su padre y la corona espiritual por razon de su alta dignidad. Bien puede asegurarse que disputado el poder político á los Pontífices por los reyes extranjeros, por las familias patricias, por el pueblo romano, por los senadores y los cónsules y los tribunos cuyos recuerdos vagaban á guisa de fuegos fatuos sobre las ruinas, y cuyas magistraturas renacian contrahechas y malaventuradas en la ciudad; Juan XII es el primer Papa-rey de la Roma católica. La union de tan altas magistraturas debió recaer, para alcanzar toda su necesaria importancia, en varon de edad madura, de vasta mente, de reflexion y austeridad: que esto y mucho mas pedian las dificultades de ambos cargos y la violencia y la dureza de aquellos tristes tiempos. Y recogiólos imberbe mozo, de gentil apostura y de ninguna responsabilidad; educado en los placeres de la vida aristocrática y desasido de todo empeño grave; con la sangre ardiendo en desapoderados deseos y la vida gangrenada por toda suerte de vicios; mas ligero, mas vano, mas sensual que las voluptuosas mujeres, sus abuelas y predecesoras, á las cuales tocara en suerte elevar y deponer los Papas durante treinta años al impulso de sus continuos é innumerables antojos. La veleidad femenil del Papa, sus juegos pueriles con el cayado y el cetro, su inexperiencia aumentada por el culto á los placeres y el menosprecio al estudio, hicieronle llamar y despedir con igual desenfado é igual imprevision á un hombre como Othon, enemigo y amigo peligroso. La ceremonia de su coronacion excedió á la ceremonia de la coronacion de Carlo-Magno, con la diferencia de que este recibia óleo y diadema de un Papa virtuoso y anciano, conoedor del ministerio que ejercia y del cargo que daba, mientras el rey aleman los recibió de manos de un niño, en cuyo rostro no habia salido aun la barba y en cuyo ánimo no habia entrado aun la autoridad. Pero las campanas de Roma repicaron como en la mayor de las festividades; los caballeros de Italia corrieron en número digno de un ejército á rodear el emperador; los prelados menudearon tanto que se diria congregada la Iglesia universal; el pueblo clamó como si la persona del César fuese la imágen de la libertad; el Papa dijo los juramentos mas expresivos sobre las reliquias mas sagradas; Othon y su bella mujer Adelaida entregaron los mas ricos presentes; los embajadores se deshicieron en fórmulas benévolas; los cortesanos loaron en hipérboles nunca

oidas; y solamente los patricios romanos parecian estatuas erigidas sobre las ruinas que presenciaban las fiestas y las ceremonias con la misma frialdad y la misma indiferencia que los monumentos y los simulacros. Y tal frialdad y tal indiferencia encerraban reconvenções amargas al inexperto chicuelo, que representando el predominio de los indígenas sobre los extranjeros y de los laicos sobre los sacerdotes, pues á tales títulos ceñia corona y tiara, malbarataba de esa imprevisora suerte la gloriosísima herencia de su padre y la alta significacion de su familia. Tales quejas, unidas al sentimiento de la propia servidumbre, llevaron á Juan XII á idear sin reflexion medios de contrastar al emperador como antes le llamara irreflexivamente tambien á que contrastase un enemigo menos temible y un usurpador menos poderoso que él, su inquieto y tornadizo rival, Berenguer, á la sazón acompañado de su hijo Adalberto, tan mozo y tan vano y tan pueril como el Papa. Lo cierto es que este diputó embajadas á Constantinopla; hizo tratar con los húngaros; y se acercó á Berenguer y los suyos, á los mismos contra los cuales llamara el auxilio de Othon y le diera presuroso la corona de Carlo-Magno y el sacro romano Imperio.

No era Othon capaz de devorar tanta injuria sin obtener ó satisfaccion ó venganza. En cuanto supo la infidelidad del Papa, marchóse á Roma abandonada pocos días despues de la coronacion. Asistíale formidable ejército. El Papa ciñó la espada y el casco, empuñó la bandera de San Pedro y el escudo de su padre Alberico, calzó las espuelas de oro y montó el troton de guerra; mas para correr, seguido de su compañero y protegido Adalberto, en cuanto vió las armas del emperador brillar como el culebreo de los relámpagos, que anuncian la tormenta, en la inmensidad sublime de la campiña romana. Ningun obstáculo pues encontró para entrar en Roma el airado Othon, y seguidamente convocó á sínodo todos los prelados que encontró en la ciudad y que le acompañaban en la expedicion. Y como no se presentara el Papa á este sínodo, fingió profundo dolor y preguntó con bien aparente curiosidad por la causa de su ausencia. A tal pregunta estallaron las acusaciones mas terribles contra el Papa, con la crueldad propia de los cobardes y de los débiles, que veian frente á sí al emperador, y en torno del emperador un ejército aguerrido y numeroso. Apenas puede darse asenso á cuanto decian, pues seme-

ja una página arrancada á los libros de Tácito y Suetonio describiendo los peores días y los peores hechos de los Césares romanos. Habíanle visto vender por oro las dignidades eclesiásticas, nombrar obispo á un niño de diez años, decir la misa sin hostia consagrada, ordenar un diácono dentro de una cuadra y fuera de las ténporas, adulterar y yacer con la concubina de su padre, convertir el palacio de Letran en serrallo de Bagdad, cometer incestos monstruosos con sus mas próximas parientes, mutilar á su padrino y arrancar los ojos á sus cardenales, incendiar barrios enteros como Neron, darse á la magia como Heliogábalo, invocar á Vénus como los sacerdotes de Chipre, y tomar la copa rebozante de vino embrujado para beber y brindar en honor de Satanás y del infierno.

Tras tales insultos sobrevino lo que no podía menos de sobrevenir, el destronamiento, pues era imposible desacatar al Papa de palabra y no depocerlo de hecho, dada la dura ley de la venganza que regia en estos tiempos de crueldad implacable. Y al par que el sínodo, ó concilio, ó conclave, pues no sabemos cómo llamarle propiamente, destituía de esa suerte á Juan XII, Othon usurpaba al pueblo romano la facultad de nombrar los Papas y la asumía en sus extensas facultades imperiales. Así, Juan XII, huido de Roma, acampado en próximo campamento, cabeza mas de un ejército feudal que de un colegio cardenalicio, en armas alzado mientras todas las frentes se inclinaban y todos los ojos se oscurecían al esplendor de la corona imperial, tornaba gradualmente á recobrar los ánimos antes desasidos de él, siquiera por representar, al fin y al cabo, el patriciado romano, y por tener en el universal apocamiento y en la universal humillación mucha mas independencia y mucha mas entereza que todos los obispos. La reacción creció al ver que le sucedía un laico, protonotario apostólico, de dura condición, de áspero natural, y hecho por el prelado Sicono, de improviso, ostiario, lector, acólito, subdiácono, sacerdote, obispo, cardenal, con lo que recorrió en un día el espacio mediante entre la puerta y el trono de la Iglesia. Nada tan natural como que se concitaran poco á poco en contra del nuevo régimen los ánimos y se decidieran á combatirlo con la ciega y heroica resolución de quienes, en su entusiasmo, no aprecian las dificultades y no miden las distancias entre los propósitos y su cumplimiento, entre los proyectos y su realización. Las gentes

salian de Roma en pos del Papa depuesto á recordarle cómo su padre le pusiera por nombre Octaviano á fin de que ganase gloria semejante á la gloria ganada por el organizador de la autoridad imperial en los antiguos tiempos. Los señores bajaban de sus riscos é iban donde se oía resonar el clarín guerrero. Suspiraba la clase popular por la libertad eclipsada tras la corona del César extranjero, y hasta las damas romanas deseaban ver al joven Papa engendrado en sus orgías, nacido en sus palacios, galante cual ninguno, que despedía el calor de la vida en aquella población de la muerte y derramaba la alegría sobre las ruinas coronadas por tristes y austeros monasterios. Arreglado ya el antiguo conflicto y elegido el nuevo Pontífice, estaba Othon para partirse de Roma en la mañana del 3 de enero del 964 cuando las campanas tocan á rebato, los aires resuenan con discordes gritos, las armas vibran, las casas se tapián como para una resistencia desesperada, las calles se muran como fortalezas, y un asalto terrible se decide contra el Vaticano, donde residía el César, que hubo de expedir contra los romanos, su gente mas feroz, la cual se cebó y ensañó y ensangrentó en ellos como en los pajarillos los milanos, dejando por todas partes cruentas señales de su fuerza y cediendo despues de largas horas de desquite al mandato del emperador compadecido y apenado á la desolación y á la matanza. Una semana despues, satisfecho su agravio con la victoria y juramentado el pueblo á obedecerle, salía de Roma por una puerta mientras entraba Juan XII por la otra, obligando á Leon VIII á refugiarse en Camerino. Y en cuanto entró Juan XII reunió un conclave, parecido al que lo depusiera, donde depuso él á su vez, á Leon VIII, y comenzó sus respectivas venganzas. Movido de este sentimiento, aprisionó á Otgero, obispo de Espira; arrancó los ojos y la lengua al cardenal Juan; cortó una mano al protonotario Azzone. Y vuelto á su vida viciosa, entróse, á las pocas noches de su regreso, en la alcoba de una principal dama, y encontró su sepultura en el lecho de sus placeres á manos de un esposo ofendido, que le mató de un golpe en la cabeza, rematando dignamente así aquella criminal y procelosa vida. Su fama llegó á tanto extremo que las gentes lo creyeron arrebatado por el diablo al mundo, y conducido en cuerpo y alma al infierno.

Libre el pueblo de su Papa Juan, creía el Emperador que iba decididamente á reconocer á Leon VIII, acabando aquella especie de cisma y aquella